

LUISA KNEER

Por el Círculo Literario Carlos Mondaca

HONROSÍSIMA y grata por todos conceptos es la misión que hoy me cabe en suerte de aunar mi voz a la de grandes escritores para rendir un justo homenaje a nuestro gran poeta y egregio maestro Carlos Mondaca Cortés.

También ha querido la suerte que haya sido uno de los nuestros, un muchacho serenense, el que presentara uno de los mejores trabajos y obtuviera el Premio Especial, asignado por nuestro Círculo Literario como una cariñosa adhesión al justo homenaje que hoy rinde el Instituto Nacional al que un día fuera su más esclarecido Rector.

Para nosotros los serenenses, el nombre de Carlos Mondaca Cortés, es un símbolo. Lo lleva nuestra Institución, fundada en la ciudad de La Serena, hace ya cinco años.

Desde entonces hemos sentido como verdaderos lazos espirituales que nos atan al recuerdo del ilustre vate vicuñaense, y, como una ley suprema del alma, buscamos incansablemente todo camino que nos conduzca de algún modo a abreviar en las vertientes que manen, que florezcan al calor de su recuerdo.

Hace treinta años que se durmió el maestro; pero para nosotros serenenses y elquinos aún vive en aquella tierra nuestra...

Un muchacho, un adolescente que viste sotana nos sale al encuentro. No es más alto que una vara de nardo; ni son más oscuros sus ojos que una noche serena; ni más finas sus manos que el lirio del valle. Es una figura mística que poco a poco se nos pierde en las arcadas del tiempo y aparece el poeta, y se levanta el maestro.

Hoy está con nosotros en su valle florido, entre flores y pámpanos de aquella tierra infinita..., y está con vosotros, junto al gesto amable de sus casas blancas, de sus calles amigas...

Hoy, es antorcha nuestra. Pasión rediviva que en fiesta de espíritu nos habla y nos guía. Y también es de vosotros, maestros: en augustos recuerdos se mecen sus versos, se mecen sus ritmos.

Es nuestro, nuestro, de todos nosotros, el excelso poeta, el insigne maestro. Faro que nos guía en elocuente silencio; faro que ilumina con dulzura divina las rutas del alma.

Fue suya una época en los sueños de Chile. Fue como el dulce fulgor de un lucero que aclara un camino. Fue como un símbolo de paz su clamor elegíaco: humano y divino, desnudo de vanidad, pletórico de un dulce lirismo...

Hace treinta años que unas almas amigas amasaron con lágrimas y gestos de hermano su grato recuerdo; y con tan dulce y prima materia levantaron un pedestal a su imagen querida.

Es tiempo ya que lo hagamos en granito, en bronce o en mármol. Es tiempo que contemplemos la faz del poeta en cedro o caoba. No soñarían menos humildes sus ojos, ni se tornaría de vidrio el cristal de su ejemplo. Pero siempre y eternamente soñemos y lloremos sobre su inmarcesible memoria.

★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★